



Los habitantes primitivos de España



I

Introducción

Las naciones que más han progresado por la senda de la civilización y que por consiguiente más distantes se hallan de su punto de partida, son las que mayor interés sienten en ver desvanecido el trascendental misterio que envuelve su cuna, y más se afanan para esclarecer la historia maravillosa de su constante evolución.

Al civilizarse el hombre y al darse cuenta de su existencia en el inundo, surge ante su razón, cual si fuera por espontáneo impulso, el problema de su origen mismo, y penetrando entonces la inteligencia en el tradicional pasado, procura comprender la realidad de los hechos que se divisan en el lejano horizonte de nuestra historia: deformados por la densa niebla de la poesía y del mito.

Los pueblos, en general, poseen, cuando menos, tradiciones de lo que juzgan su primitiva existencia, y apenas podrá citarse tribu de sal-

vajes que no acierte á narrar historias más ó menos grotescas para explicar cómo se inició su vida sobre la tierra y hacer ver quienes eran sus remotos antepasados.

Desde estas incongruentes tradiciones, mitologías, leyendas, sagas ó extravagancias, hasta el cúmulo de datos comprobables y depuradas deducciones que exige la moderna ciencia de la historia, existe un abismo que intentan salvar quienes se proponen recorrer tranquilamente y sin timidez tan escabroso cuanto desconocido terreno.

Contentábase el historiador, no ha muchos arios, con lo que acerca de nuestra primitiva historia hallaba escrito en los libros que por luengos siglos fueron el único patrimonio científico del mundo occidental y sólo alguno que otro comentario, deducido tal ves de los textos mismos que servían de base á sus apreciaciones, era lo que por lo común se permitía añadir á dichas tradiciones y noticias, que radicaban en hechos, sin duda alguna, pero en hechos frecuentemente desvanecidos en la memoria humana y metamorfozados una y otra vez en el caleidóscopo de nuestra imaginación.

Para investigar debidamente los orígenes de nuestra especie, se requiere hoy tal cúmulo de conocimientos, que raya casi en lo imposible poder abarcarlos todos, y temeraria empresa sería tratar de recorrer, fugazmente siquiera, el vasto campo científico que se desarrolla ante nuestravista.

Los libros de las naciones de Occidente no son ya los únicos que han de ayudarnos en el esclarecimiento de la antigua historia de la humanidad.

El Oriente, antes región de ensueños, de fábulas y de hadas, como dice Mas Muller, ha llegado á convertirse en tangible realidad, y descorrido el espeso cortinaje que de ese quimérico escenario nos separaba, allí aparece el venerable hogar de la mayor parte de los pueblos europeos, con su definido contorno y con sus vívidos colores.

Así, pues, á la extraña literatura de aquellos antiguos pueblos tienen que recurrir quienes aspiren á conocer cuanto, escrito por los hombres, puede relacionarse con la alborada de nuestra actual civilización; debiendo agregar los libros de la india y de la Persia, y aún los de otras naciones orientales, á la larga lista que hasta hace poco consultaba el historiador, descoso de contemplar y describir las causas productoras de nuestro inmenso desarrollo.

Esos jeroglíficos que cubren las soberbias reliquias del vetusto Egipto

y que, á juzgar por recientes progresos en el arte de su interpretación, tal vez lleguen á leerse como en tiempo de los Faraones; esos nobles restos que diariamente se descubren de las venerandas ciudades descritas en la Biblia, muestras gloriosas sepultadas bajo la planta de más modernas y menos cultas naciones de aquellos antiguos imperios, cuya grandeza jamás imaginamos que pudiera quedar patente á nuestros ojos; esas esculturas, esos relieves que atestiguan los ritos, las artes, las costumbres y el grado de civilización de aquellos pueblos; esas inscripciones en bronces, en piedras y en barro descifradas hoy, gracias al asiduo trabajo y al acumulado ingenio de tanto sabio orientalista ó egiptólogo son documentos preciosos archivados por la mano de la naturaleza—menos destructora á veces que la del hombre—indispensables de conocer y consultar para formarnos cabal idea de los antecedentes de nuestra especie.

El profundo análisis de las lenguas que hablan hoy y hablaron en otro tiempo los diversos pueblos que ahora ocupan ó antes poblaron la tierra, ha llegado á sei también eficacísimo medio para conocer las afinidades existentes entre las distintas razas de humanos seies; para averiguar su común historia, para trazar su común origen y descubrir entre gentes separadas poi enormes distancias más estrechos vínculos de parentesco que los que existen quizás entre habitantes de provincias limítrofes.

El detenido estudio del cuerpo humano mismo, y la observación concienzuda de las peculiaridades residentes en los organismos de los que formamos actualmente las varias agrupaciones de hombres, son igualmente indispensables para dilucidar nuestro origen y comprender las leyes de nuestra constante mudanza.

La atenta contemplación de esas colosales y toscas demostraciones de la intervención de la mano del hombre, de esas construcciones megalíticas de cuyo origen nada nos dice la historia, ante cuya vista enmudece el arqueólogo que nos hemos contentado con llamar sencillamente piedras druidicas ó monumentos celtas, y que se denominan hoy dólmenes y túmulos, y transitoriamente es de esperar, cromlechs, crannoges, pñhlbaun, kiokenmodings ó terramares, obras que construyeron ó materias que acumularon nuestros antepasados—altares, sepulcros, fortalezas, habitaciones ó muladares, cuya magnitud extraordinaria nos hizo á veces pensar en razas de titanes, en ciclopes y gigantes—silenciosos testimonios de la vida de los antiguos pobladores del mundo,

diseminados por todas partes y ostentados en España con más exuberancia quizás que en otra región alguna; la observación inteligente de esas hachas y de esos útiles de piedra, que hasta hace pocos años se conocían en ambos hemisferios con el caprichoso nombre de piedras de rayo y que patentizan, no obstante, con su diverso tamaño y forma el arte rudimentario y la infantil industria de sus antiguos dueños, el examen minucioso de esos instrumentos, adornos y amuletos usados, apreciados, venerados acaso por los que nos han precedido, y recogidos hoy en los campos que surcan nuestros arados ó en los antros que habitaron nuestros abuelos cuando aún no habían aprendido el arte de labrarse sus propias mansiones; esa ciencia, en resumen, fundada sobre tan sólidas bases por Boucher de Perthes sobre los deleznales depósitos diluviales de Moulin - Quignon, es indispensable — quizás más indispensable que otra alguna, pues hasta cierto punto las resume todas — para dar á conocer las verdaderas maravillas de nuestra historia y patentizar esa sorprendente aptitud proteica de nuestra especie que, multiplicada por el tiempo, culmina en nuestro pacto social.

Por otra parte, el perfecto conocimiento de las ceremonias, de los ritos, de las preocupaciones y de las costumbres todas de los pueblos actuales, especialmente de los que viven en lugares donde nuestra civilización aún no ha penetrado, sirve poderosamente, en unión de otros datos, para deducir lo pasado; pues la claridad perfecta de lo que ahora son los hombres, es firmísimo sostén para establecer lo que pudieran haber sido los hombres que nos antecedieron.

Y además es necesario recordar que en los estratos que envuelven la tierra suelen hallarse vestigios de la industria, de las luchas, de los extraños usos de nuestros semejantes y aún sus propios restos fósiles.

En el terreno cuaternario, bajo potentes capas de acarreo; en los Echos de antiguos ríos, bajo la lava de extinguidos volcanes, y aún acaso en el terreno terciario mismo, se hallan evidentes pruebas de la existencia de los seres cuyo inmenso trabajo hizo más amena para sus sucesores la madre tierra que habitamos.

Debajo de la gruesa estalacmita de las cavernas que los siglos lentamente acrecieron con el visible carbonato de cal disuelto en las gotas de agua que se desprendían de aquellos techos, se ven sus huesos, sus armas, sus utensilios, los restos de sus festines, y aún las manifestacio-

nes de su estética en unión de los destrozados esqueletos de animales desaparecidos ya del mundo.

Allí, en aquellos periodos inmensamente apartados de la época presente, cuando vivían en nuestra cultivada Europa el oso y la hiena de las cavernas, el rinoceronte tichorinus y el colosal mammoth, debemos imaginarnos á nuestros remotos antepasados luchando en incesante contienda, con escasas fuerzas y con exíguos medios contra aquellas y otras potentes fieras que, disputándoles el predominio en la tierra, vivían á la sazón en su inmediata proximidad, pero que sucumbieron al fin merced á la energía é inteligencia que aquellos humanos seres poseían y supieron desplegar para salvar su existencia y el porvenir de su raza.

Debemos tratar de reconocer en aquella época misteriosa los elementos generadores de nuestra actual civilización, buscando los ocultos eslabones de la inmensa cadena que, sin solución de continuidad, constituye lo pasado y lo presente.

Quienes traten, pues, de esclarecer sucesos acaecidos en la niñez de la humanidad y en la oscura noche del inmemorial pasado, dedicándose á esa moderna ciencia llamada Prehistoria, para interpretar los enigmas que brindan á la inteligencia esas piedras y esos huesos—las más fehacientes crónicas que de aquellos periodos nos restan—necesitan, después de pedir auxilio á las bibliotecas del mundo entero para recoger destellos de luz siquiera, que mitiguen la densa obscuridad que los rodea, apelar á las hermanas ciencias, la lingüística, la arqueología, la etnografía, y sobre todo á la geología, si desean que la verdad sea el término feliz de sus trascendentales exploraciones.

Nuestros conocimientos no son los necesarios ni aún para dar idea adecuada de los datos acumulados recientemente por estas distintas ciencias para dilucidar tan interesante asunto, y sólo presentaremos algunos breves apuntes referentes á la materia que, sin pretender que sirvan de solución á problema alguno, acaso tengan interés para quienes deseen conocer cuanto pueda relacionarse con la historia de los primitivos habitantes de este país.

II

La raza aria y los aborígenes de Europa

Por sus caracteres físicos dedujo Bulmenbach que debían considerarse todos los habitantes de Europa como individuos de una sola raza, que dominó Caucásica por creer que las montañas del Cáucaso eran su verdadero centro de irradiación.

Adelung, más adelante, y Guillermo Humboldt. Bopp, Schleicher y otros etnógrafos alemanes, fundándose especialmente en datos lingüísticos, asentaron que la patria común de los europeos debía transportarse más aún hacia el Oriente.

Demostraron que, unidos á persas y á indios, constituíamos una gran raza, que denominaron indo-germánica —denominación después rechazada por razón de que no sólo los pueblos que forman la Alemania, sino muchos otros, además, debían incluirse en tan importante agrupación.

Sustituyóse, pues, con el menos exclusivo nombre de raza indoeuropea ó de raza Irania ó Aria—de Iran ó Aria, como el reino de Persia se apellidaba cuando sus límites se extendían más hacia Oriente, incorporándose con el Afganistán y el Belouchistan, en cuyo ámbito se hallaba el Aryavarta ó la tierra santa de los barmines.

Nadie duda hoy que del Asia procede la mayoría de los pueblos de Europa, y que su cuna se encuentra en la región actualmente constituida por la Persia y parte del Indostán; pero cuándo y cómo se verificó desde aquel centro la emigración á Occidente, cuestión es que aún se halla envuelta en la oscuridad.

Parece comprobado, sin embargo, que los que, abandonando su primitivo hogar, vinieron á establecerse en Grecia y en Italia, y que tan prodigiosamente impulsaron nuestra civilización, emprendieron su marcha al Helesponto por el Asia menor, al sur del mar Caspio y del

mar Negro, y que los que más adelante fueron conocidos con los nombres de celtas, germanos y eslavos siguieron su camino á Europa, corriéndose al norte de estos mismos mares.

Parece probable que fueran sucesivas estas emigraciones, como igualmente lo es que los griegos y romanos precedieran á los diversos pueblos que, bajo distintos nombres, se dispersaron más adelante por Europa.

Y, por último, también es probable transcurrieran luengos siglos entre los primeros y últimos éxodos de aquella patria común, de donde han emanado, al evolucionarse en adecuado medio, las más potentes naciones del mundo.

Aunque se admita, sin embargo, que la generalidad de los pueblos europeos pruebe por la tradición, por la historia y por otros testimonios aún más concluyentes, su íntima conexión con este gran tronco cuyas ramas se extendieron tan vigorosas hacia el ocaso, no se deduce de ello la no preexistencia en nuestro continente de otra ú otras varias razas de hombres cuyo inmediato origen fuese distinto.

Corroboran esta presunción las tradiciones allegadas por griegos y romanos, que revelan la existencia de autóctonos ó aborígenes en los países que vinieron á habitar.

Llenas se hallan sus leyendas mitológicas de incidentes que parecen referirse á luchas encarnizadas habidas con los pobladores de las regiones que conquistaron, y los hechos de sus dioses y semidioses, y las hiperbólicas hazañas de sus héroes contra titanes y gigantes, acaso sean reminiscencias de las sangrientas guerras sostenidas contra las gentes que desde remotos tiempos habitaban la Europa, y á quienes al fin llegaron á dominar ó á extinguir en las regiones que ocuparon.

Por causas análogas tal vez en la Italia mitológica aparecen establecidos en Sicilia los ciclopes—probablemente los naturales de aquella isla—y á quienes se atribuyeron las grandes construcciones llamadas ciclópeas, que en diversas partes de nuestro continente excitan el asombro ó la curiosidad del hombre observador.

Vemos, pues, que la tradición parece indicar la existencia de humanos seres en Europa antes de ser ocupada por los invasores de Oriente; hecho confirmado por los antiguos historiadores, quienes consideraron como autóctonos no sólo á los pelasgos, que ocupaban.

aparentemente una gran extensión de Europa, sino también, entre otras gentes, á los sicanos, que habitaban el sur de Italia, y á los liguros, que poblaban las vertientes del noroeste de los apeninos y el actual Piamonte, suponiéndolos descendientes de ó relacionados con los iberos, reconocidos constantemente como aborígenes de la Península ibérica.

(Se continuará)



Los habitantes primitivos de España



(CONTINUACIÓN)

III

La lengua basca

Difícil es patentizar hoy quienes eran los iberos, y sólo por indiferencia podemos afirmar, de una manera absoluta, que un pueblo único ocupara la región hoy constituida por la Península Ibérica, antes de llegar á ella los atrevidos navegantes de Tiro, los invasores famélicos del remoto Oriente, y los esforzados conquistadores cuyas hazañas se incorporan con los hechos de las naciones que conservan anales más ó menos distintos de su pasado.

Con antelación á la época en que la historia habla ya con cierta lucidez, fenicios, griegos, celtas, cartagineses y romanos, habían penetrado en España, y el idioma, los hábitos y aun los caracteres físicos de sus antiguos pobladores, por causa de su contacto con tan diversos pueblos, ya en tiempo de los historiadores griegos y romanos debieron hallarse modificados en extremo.

Como era de esperar, el sello original de la gente primitiva había desaparecido, y en su lugar, cual ha acontecido en otros puntos donde

han imperado causas análogas, existía, en medio de cierta homogeneidad de caracteres, esa diversidad de tipos, cualidades y costumbres, resultante natural de la combinación de tan distintos componentes: hablaban e, además, en la mayor parte de la Península, idiomas formados de elementos heterogéneos.

Existía entonces, sin embargo, y aun vive hoy en España, un pueblo aislado y enigmático, cuyo origen jamás se explicó satisfactoriamente, y cuya primitiva historia, si acaso la conservó la tradición, se ha desvanecido, con el transcurso de los siglos, de la memoria de los hombres.

Este pueblo es el basco, por algunos estimado como el más antiguo de la tierra, por otros considerado como descendiente de los celtas, y por lo tanto relativamente de reciente alcurnia, y por otros, en fin, presentado como autóctono de España, sin prejuzgar por eso su origen.

Hoy, ni los recuerdos históricos, ni las particularidades físicas, ni hasta cierto punto el carácter y costumbres de sus habitantes, son los valladares que separan á las Provincias Bascongadas del resto de España y de las demás naciones de Europa.

En aquella región, como en lo restante del continente, el tipo del poblador primitivo se halla probablemente en extremo modificado, y acaso es difícil tarea describir con caracteres precisos al bascongado actual.

Lo que verdaderamente caracteriza aún á este pueblo y lo distingue de las demás comunidades europea?, es su lengua, tan esencialmente distinta de las demás del continente, que se ha juzgado razón bastante para establecer que los que tal idioma hablan, proceden necesariamente de un tronco completamente distinto del que constituye la gran familia indo-europea ó aria.

Es razonable suponer que los hombres todos formaban en los primitivos tiempos una sola familia, cuyos individuos se asemejaban más marcadamente que nos a emejamos hoy, y que las diferencias, ahora tan visibles entre las distintas razas de humanos seres, sean consecuencia forzosa de la natural tendencia á variar que, en común con todo el reino orgánico poseemos, unida á la influencia del medio ambiente en que vivimos, y á la ineludible tendencia á adaptarnos á las circunstancias que nos rodean.

Es probable también que el lenguaje primitivo fuese uno, rudimentario, inarticulado y vago al iniciarse, y evolucionado, dividido y per-

feccionado después con el transcurso de los siglos; pero el aceptar estas verdades no impide seguramente reconocer que tengan más ó menos estrechos vínculos de parentesco las distintas razas entre sí.

La semejanza de las lenguas que hablan los pueblos arios, por ejemplo, tiende á probar, no ya el parentesco de estas razas, pues parientes son, sin duda alguna, todos los hombres, sino su hermandad, por decirlo así; mientras que el basco, por el contrario, queda, por su idioma, excluído de este íntimo lazo, y es forzoso buscar su inmediato origen en otro lugar del mundo que no sea la privilegiada mansión de los arios.

El caracter de las lenguas arias es tan marcado, la estructura de su gramática tan especial, son tan elaborados y tan artificiales ya los idiomas comprendidos en éste, el más importante y evolucionado grupo de los dos que constituyen las lenguas de inflexión, que hoy se acepta sin vacilar la absoluta identidad de su origen por todos los filólogos que se han dedicado al estudio de la íntima organización de las lenguas y á comprender las leyes de su transformismo; pero identidad que se evidencia, además, por poseer todos los idiomas arios conjuntamente gran número de palabras que expresan los objetos más comunes y notables en la naturaleza y las relaciones más usuales de la vida social.

Ahora bien; el bascuence ó euskaro, por su estructura gramatical, es esencialmente distinto de los idiomas de inflexión, y pertenece á ese otro gran grupo de lenguas llamadas aglutinantes; lenguas en que á una palabra se agregan otras que la modifican, fundiéndose en ella de este modo lo que, según el criterio de los que hablamos lenguas más evolucionadas, debiera formar la frase.

Constituyen el paso entre los idiomas monosilábicos—los más inferiores en la escala del habla—y los de inflexión—sin duda alguna los más elevados en ella.

Evidentemente existen infinitas gradaciones entre la relativa pobreza de los idiomas monosilábicos y la riqueza extremada de los idiomas de inflexión, demostrándose así que en lingüística, como en mineralogía, zoología, botánica ú otra cualquiera ciencia, toda clasificación es puramente convencional.

Sin embargo, por más que se admita la unidad de base de todo humano lenguaje, el euskaro se diferencia tan notablemente de las lenguas arias, que Schleicher lo denomina antiasiático por excelencia, clasificándolo al par de aborigen de Europa.

A pesar de esta reconocida diferencia, posee hoy gran número de palabras relacionadas con lenguas arias, hecho que se explica tomando en cuenta el continuado contacto que los bascos han tenido con fenicios, celtas y romanos la facilidad con que el euskaro ha aceptado y acepta palabras extranjeras.

Por esta razón varios autores, entre ellos César Cantú, han creído en la comunidad de origen de celtas y bascos, inducidos á semejante error por haber considerado que los más ó menos estrechos vínculos de parentesco entre los distintos idiomas, debían deducirse del mayor ó menor número de vocablos que poseían en común, y por no haber fijado su atención en los caracteres verdaderamente fundamentales de las distintas lenguas, y en su manera, hasta cierto punto, divergente de evolucionarse.

(Se continuará)



Los habitantes primitivos de España



(CONTINUACIÓN)

IV

El pueblo ibero

Aparece, pues, en España un pueblo cuya lengua no es referible á la copiosa fuente aria, y esta notabilísima circunstancia dá inmenso valor á cuanto se relaciona con la antigua historia de una raza, al parecer independiente, en cierta época de su desarrollo, de las demás naciones civilizadas de Europa, cuya cuna indubitable yace en el Oriente.

Faltando en absoluto crónicas escritas de tan interesante pasado para averiguar el origen de esa gente extraña, necesario es buscar otros antecedentes, pues del análisis de todos los elementos que podamos reunir, sin desperdiciar alguno, es como acaso se desprenderá la solución precisa de tan difícil problema; ó sino, así es como únicamente podrá encontrarse la menos indistinta senda para penetrar, hasta donde sea posible, en el intrincado laberinto que circunda elrecóndito origen de los primitivos tiempos de España.

A la escasa luz de los anales que nos legaron nuestros antecesores,

apenas divisamos tres mil años del panorama de nuestra vida pasada, y gran parte de ese espacio indefinido y nebuloso rayano es de la región de la fábula, por lo que sólo como auxiliares pueden servir gran número de datos recogidos en la contemplación de tan indeciso cuadro para reconstruir, hasta donde sea dable, la primitiva historia de España.

Cuando los más antiguos historiadores hablan de este país, estaba poblado ya por muy diversa gente, y relativamente civilizada, una parte de su territorio.

Cuanto se relaciona con época anterior, es necesariamente conjetural y vago, y ante la luz de la crítica se desvanecen infinitas fantásticas suposiciones.

Acaso Homero se refiriera efectivamente á España en sus inmortales epopeyas, y tal vez á Andalucía cuando sitúa su Elíseo en el remoto Occidente, «donde viven felices los hombres, donde ni se conoce la nieve ni el frío, ni cae jamás la escarcha, y donde las suaves y frescas brisas del Océano colman de gozo á los naturales.»

Unos cinco siglos después Herodoto menciona la Iberia y la región de Tartesio, célebre por sus metales preciosos y situada más allá de las columnas de Hércules; pero como sólo por imperfectos relatos conocía estos países, no podía comprender siquiera su verdadera situación é importancia, y aun dudaba de la existencia del río Océano

Thucydides, hacia la misma época, manifiesta, al ocuparse de los pobladores de la Sicilia, que los sicanos, que se decían autóctonos de aquella isla, eran en realidad iberos arrojados de su patria primitiva.

Otros varios autores, citados por más modernos historiadores y geógrafos, escribieron acerca de España; pero, por desgracia, sus obras se han perdido, y así, para adquirir noticias circunstanciadas que nos ayuden en la tarea de interpretar su pasada existencia, tenemos que descender hasta el siglo anterior á la Era cristiana, cuando Estrabón escribió en su extensa geografía, base principal de los conocimientos que poseemos referentes á esos sombríos y olvidados tiempos, la parte de su obra donde detenidamente trata de la Península ibérica.

La Historia Natural de Plinio el Mayor, y la Geografía de Pomponio Mela, escritos del siglo siguiente, nos suministran interesantísimos datos también para reconstruir con la imaginación el país; así como la Guía geográfica de Ptolomeo nos permite fijar con exactitud aproximada la situación de numerosos pueblos ibéricos, cuyos recuerdos únicamente se conservan.

Además, el interesante itinerario que lleva el nombre del emperador Antonino, y la célebre Ora Marítima de Rufo Festo Avieno, aunque obras del siglo IV, contienen curiosísimos datos referentes á épocas anteriores, que en vano buscaríamos en las de autores más antiguos que se han ocupado de España.

Por último, los poetas griegos y latinos y los historiadores clásicos, son naturalmente poderosos é indispensables auxiliares para comprender cual era el estado de la Península, no sólo en la época de que hablan, sino en más remotos tiempos tal vez.

Sin embargo, con la antorcha de la historia, aisladamente, escasa ha de ser, de cualquier modo que se la sitúe, la luz que se obtenga para escudriñar ese pasado que no en vano lleva el nombre de prehistórico.

Ya en la época de Estrabón los campos de Andalucía se cultivaban con extraordinario esmero y gran pericia, y los sotos, arboledas y sembradas llanuras de tan fértil región, presentaban á la vista un paisaje delicioso.

Existía ya en aquel tiempo entre España é Italia activo comercio, establecido por medio de grandes naves construídas en la Báltica.

Se extraía del país exquisito aceite, trigo, miel, pez y tintes varios; sal gema, pescado en conserva, lana y aun finísimos tejidos.

Producíase además riquísimo vino, compitiendo el que exportaban los laletanos de la España tarraconense con los mejores del mundo, y como tal apreciado en la epicúrea Roma.

Los civilizados y pacíficos turdetanos atraían por la suavidad de su trato al negociante extranjero, é infundían, aún á los romanos mismos, respeto por su cultura extraordinaria, cultura aparentemente no emanada de su reciente contacto con los más cultos invasores de su patria; pes poseían, no sólo gramática de su lengua y anales escritos de sus pasados hechos, sino poemas y leyes en verso, que, según fama, alcanzaban á seis mil años de antigüedad.

Corduba, Astigi, Hispalis y Gades rivalizaban en riqueza con las más suntuosas ciudades de la tierra, y canales de navegación facilitaban el extenso comercio de los pueblos situados en la cuenca del Guadalquivir.

Las naves de alto bordo llegaban hasta Sevilla, y se navegaba en botes hasta la opulenta Córdoba.

Minas de plata, de plomo y de cobre se explotaban en España, qui-

sus riquezas atesoradas, sus mujeres y sus hijos, y perecer conjuntamente en la misma horrenda hoguera todos los defensores de una ciudad antes que entregarse al enemigo..... tales eran las hazañas de ese pueblo que afrontó el poder de los dos colosos del mundo, y obligó á la señora del universo á supremos esfuerzos para salvar su honra comprometida ante un puñado de montañeses.

¡Lástima inmensa que tan noble y generosa gente, aún desde ese tiempo, haya sido víctima esteril de su ciego fanatismo!

¡Ese mismo Sertorio, extranjero, ambicioso é instigador de las guerras civiles de su patria, conducía á esos valientes, abusando indignamente de su candor y heroismo, cual á manso rebaño, donde á su propio interés (que no era el de España por cierto) acomodaba, haciéndoles creer en la directa protección de la Providencia, que concedía poder sobrenatural para guiarlos á la victoria á su gracioso comodín, su blanca ciervecilla!

(Se continuará.)





Los habitantes primitivos de España



(CONTINUACION)

V

Vestigios de la lengua basca

Sin aceptar, cual dignas de absoluta cofianza, todas las analogías que algunos autores han pretendido establecer entre una multitud de nombres de lugares de España y de otros países con palabras de la lengua euskara, juzgamos, sin embargo, tan temerario desdeñar las extraordinarias coincidencias que aducen, y tan indiscreto desconocer las patentes afinidades que en muchos casos existen, como lo fué en su día no fijar la atención en los característicos fósiles que ostentan los diversos estratos de la tierra y considerarlos intensamente caprichos de la naturaleza ó desrreglados restos de un diluvio universal, y cual lo fué no ha muchos arios cerrar los ojos á lo que nos mostraba Boucher de Perthes en Amiens, y creer que las hachas de sílice de su interesante Museo habían sido talladas por la mano del azar.

Poza, Perochuegui, Astarloa, los Padres Moret y Larramendi, Erro, Moguel, el abate Hervas, Guillermo von Humboldt y otros autores se han ocupado asiduamente en patentizar la egregia antigüedad del pueblo basco por medio de su extraordinaria lengua.

Los que desconocemos este interesantísimo idioma no podemos resolver con el debido cúmulo de datos los numerosos problemas que se ofrecen á nuestro criterio en las obras de esos escritores; pero en muchos casos bastan la sana razón y la fría imparcialidad para comprender lo erróneo y lo forzado de ciertas consecuencias que sacan los más entusiastas de entre ellos, y para lamentar á cuán absurdo término conducen las elucubraciones de los que, guiados por una preocupación exagerada, leen en bascuence, como Erro en su famoso jarro de Trigueros, inscripciones flamencas, y deducen ser la nativa lengua del paraíso el bascuence también, inferencia hasta cierto punto invalidada con la legendaria noticia de haberlo estudiado tres años el tentador poder que inspiró á la serpiente, y haber aprendido únicamente siete palabras.

En otras ocasiones, por el contrario, basta también el recto juicio para ver cuán difícil es referir á la casualidad analogías cuya explicación es razonable y evidente, aceptando como verdad la existencia en España y acaso en otros países, de un antiguo pueblo que, en los divesos lugares que ocupó, dejara rastros de una lengua idéntica ó semejante á la que en la actualidad se habla en las Provincias Bascongadas.

No es nuestro ánimo dar demasiado valor científico al dédalo de afinidades que, con mejor ó peor criterio, unos y otros fabrican para probar la antigüedad de la raza basca, no sólo en España, sino también en Córcega, Cerdeña, Italia y otros países.

Reconociendo la posibilidad de ser efectivamente derivaciones de nombres bascos los de una multitud de lugares citados por varios autores, ni los mencionaremos siquiera, pues no poseyendo los conocimientos necesarios para argüir convenientemente sobre este tema, dejamos el esclarecimiento de lo que para nosotros ha de aparecer necesariamente indistinto á los que más adelante, con la erudición precisa, exploren científicamente los límites de tales semejanzas, evitando los escollos donde tan fácilmente fracasan quienes con ideas preconcebidas rebuscan analogías caprichosas, ya en este mismo idioma, ya en el latín y el griego, ya en el celta ó ya en el hebreo.

Sólo presentaremos algunos ejemplos para patentizar cuán grande es la probabilidad de que toda la Península ibérica y una parte de Eu-

ropa fuese poblada por bascos ó por gentes afines á los bascos en época anterior á la invasión aria, gentes conocidas con el nombre de iberos las que habitaban á España, y acaso de otra manera designados los que ocupaban otros lugares del continente.

Numerosos son los nombres de ciudades, montes, ríos y sitios que en España principian con la sílaba ast, y asta ó aitz en bascuence significan monte.

En las Provincias Bascongadas pueden citarse quince, y más de treinta en las demás provincias de España.

En la antigua Bética aparecen dos pueblos nombrados Astigi: el uno la actual ciudad de Ecija, y el otro probablemente La Alameda, villa cerca de Archidona; Astenas, ciudad cercana á Córdoba; Astúrica, la actual Astorga; La Asturia de la España citerior; el río Astura, que se supone ser el actual Esla; la célebre Acta de los turdetanos, hoy la Mesa de Asta, en las inmediaciones de Jerez de la Frontera, y Astapa, el pueblo heroico cuyo nombre glorioso recuerda la moderna Estepa.

Ilia ó Iria en bascuence significa lugar ó ciudad, y entre lugares, aldeas y ciudades se cuentan unas setenta en las Provincias Bascongadas que pueden referirse á este origen, y más de cincuenta en el resto de la Península.

En la España antigua pueden citarse á Iria Flavia, capital de los caporos, según Ptolomeo, y mansión, según el itinerario del emperador Antonino, en uno de los varios caminos que iban desde Braga á Astorga; á Illarcuris, la actual Illescas; á Ilúrbida, ciudad de la Carpetania; á Illucia, ciudad de la Oretania; á Ilurcis, en la Celtiberia; á Ileosca, pueblo, según Estrabón, de la región iacetana; la Ilerda de los ilergetes, la actual Lérida; á Ildum, marcada en el mencionado itinerario, próxima á Sagunto; á Ilorci, capital de los ilorcitanos, y adscrita al convento jurídico de Cartagena; á Iliturgi, ciudad cerca de Andújar; á Irippa, ciudad conocida por sus medallas únicamente; á Ilurco, la actual Pinos Puente; á Ilipa Ilija, la actual Cantillana; a Ilipla, la actual Niebla, según Cortés y López; á Iluro, ciudad al Norte de Barcelona; á Illice, ciudad de la Contestania, que dió su nombre al golfo Illicitano; á Iliberri, antiguo nombre del pintoresco Monte Elvira de Granada, y además tres pueblos que llevaban el nombre de Ilipula, todos tres en la Bética.

Con ur ó ura, cuyo significado en bascuence es agua, principian unos doscientos nombres de pueblos en las Provincias Bascongadas, y unos sesenta en el resto del país.

En la época romana existían Urbasa y Urcesa en la Celtiberia; Urci, en la Bastetania; Urbona y Urso en la Turdetania, y otra Urso en la Edetania; Urium era el antiguo nombre de la actual ciudad de Moguer; Urium, igualmente, se denominaba el actual Río Tinto, y Urbicos, el actual Orbigo.

El indicado *ur* aparece, además, en otros muchos nombres geográficos de la antigua España, como en Asturia, Astúrica, Ilurco, Iluro, Ilurcis, Ilarcuris, nombres ya citados, y en Verurium, pueblo de la Lusitania; en Calagurris, la actual Calahorra, y en Ostur, ciudad conocida únicamente por sus medallas, pero referida por Cortés y López á Costur, pueblo del reino de Valencia.

La palabra Turria ó Iturria, en bascuence fuente, es otra de las que aparecen con bastante frecuencia en nombres de lugares de España.

En las Provincias Bascongadas pueden citarse veintitantos referibles á este origen, y en las demás provincias más de treinta.

En la España antigua hallamos á Ituci, la actual Valenzuela, según Cortés y López, y otra Ituci, quizás la actual Rota, adscrita al convento jurídico de Cádiz, según Plinio; á Turiaso, la actual Tarazona; á Turrobriga, la actual villa de Cabeza del Buey, según el citado Cortés y López; á Turba, la actual Teruel; á Turaniana, pueblo cercano á Málaga; á Turoquia, pueblo cercano á Tuy; á Turrupciana, ciudad de la región Caláica; á Iturbida, en la Bastetania; á Turmulum, en la Lusitania, la Iturisa de los bascones; y además los nombres de túrdulos, Turmogi y turdetanos; el río Turulios, que se supone ser el actual Mijares, y el célebre Turia.

Más de seiscientos nombres de pueblos en España principian con la sílaba *ar* ó *al*, y gran número de ellos, pueblos de las Provincias Bascongadas.

Sin duda muchos son referibles á más modernas lenguas; pero otros, aparentemente, lo son al basco; pues hay que tener presente que *aria* significa llano en bascuence, y *arria*, peñasco; y que antes de la dominación romana ya existían pueblos cuyos nombres así comenzaban, como Arabiga en la Lusitania; Aracillum en Cantabria; Aratispí, ciudad situada entre Antequera y Málaga; Ara, la actual Peñaflor; Araldunum, el actual Arahál; Alarona, ciudad de la Basconia; Alaba, el actual Albacete; Alóstigui, ciudad de la Bética, y otros muchos.

La terminación *ona*, tan común en nombres de ciudades de España y su correspondiente *one*, común también en nombres geográficos de

Francia, parece referirse al basco; así como las terminaciones tani ó tania y briga, son sin duda célticas; pero circunstancia digna de nota es que conserven muchos nombres de pueblos de la Península así terminados, su núcleo no referible al propio origen, y en muchos casos aparentemente al basco.

Numerosos nombres de ciudades y sitios, y aún de diversa gente, eran idénticos, ó en extremo parecidos, en la antigua Italia y en la antigua España; extrañas coincidencias, que tienden á confirmarnos en la presunción de que hombres de una misma raza habitaron ambos países.

Suesa era ciudad del Lacio, y aunque en España no aparece pueblo alguno con el nombre de Suesa, suesetanos fueron denominados por Tito Livio los bascos que al mando del rey Indíbil lucharon contra el poder de Roma.

Tutienses se llamaban los antiguos pobladores del Lacio, y Tutia fué la famosa ciudad celtíbera que tan rudamente luchó por su independencia contra Pompeyo.

Basta era ciudad de la Calabria, Basti, capital de los bastetanos de España.

Biturgia fué ciudad etrusca, y Bituris ciudad basca.

Uria, ciudad de la Apulia, y Urium, la actual Moguer, cual ya se ha indicado; Cures fué ciudad de los sabinos, y playa Corense se denominó el arenáceo litoral que se extiende desde el Puerto de Santa María á la desembocadura del Guadalquivir.

Los sicanos, cual se ha dicho, poblaron la isla de Sicilia, y Sicana era ciudad, y Sicano río de la antigua España.

Asta era ciudad de la Liguria, y ya se ha visto que otra ciudad denominada Asta también, existía en la Turdetania.

Cossanos había entre los etruscos, y cossetanos en España.

Dos ríos de Italia llevaban el nombre de Duria, y Duria ó Turin se denominó el Guadalaviar, y Durias el Duero.

Difícil es conformarse á imputar á la casualidad tales analogías, y la que precede no es por cierto completa lista de todos los homónimos reconocidos.

En la actualidad, pues, el antiguo pueblo ibero, dueño acaso de todo el Sur de Europa, se halla reducido á las ásperas y pintorescas vertientes del extremo occidental de los montes Pirineos.

Circunscrito en esas á veces tranquilas escabrosidades, con heroico

esfuerzo y tenaz perseverancia ha resistido en todo tiempo el yugo extranjero, y más que otro pueblo alguno, la absorbente influencia de poderosos vecinos.

La invasora raza aria allí tan sólo parece haber detenido por siglos su paso vigoroso; pero aunque menos accesible al influjo de la civilización moderna que otros pueblos europeos, allí también se va operando con ineludible tendencia su incorporación á esa inmensa é incontrastable corriente que entre asperezas y amenidades nos arrastra á dominar en completo al universo.

VI

La raza turania

Además de la raza basca, aparece en Europa otra, que tampoco puede relacionarse con la gran familia aria: es la que habita la Laponia y la Finlandia, y que se conoce con el nombre de finesa ó lapona.

Su lenguaje aglutinante, y además sus caracteres físicos, por más que se hallen modificados también, demuestran su afinidad con ese otro gran grupo de hombres que los mogoles tipifican, y cuya patria común se ha referido á las llanuras del Noroeste del Himalaya, país que desde remota época fué conocido como el Turan, por lo cual la generalidad de los etnógrafos une bajo el nombre de raza turania á los pueblos que considera emanados de esta extensa comarca.

A esta gran familia pertenecen los finianos de Europa, los mogoles, tártaros, samoyedos y otros muchos pueblos afines; y, fundándose en la especial estructura de sus lenguas, algunos incluyen en ella, no sólo á la mayor parte de los negros de Africa, sino también á los indios del Norte de América, y aún á los bascongados, y forzoso es admitir, por extraño que parezca, que estas dos últimas lenguas deben tener bastante semejanza entre sí, cuando Guillermo von Humboldt, sin aceptar como verosímil su parentesco, reconoce, no obstante, que poseen notables puntos de contacto y que se asemejan maravillosamente en su construcción gramatical.

Para probar el estrecho parentesco de todas las razas que hablan idiomas aglutinantes ó monosilábicos, no hay sin embargo, razones tan poderosas como las hay para probar la íntima unión de todas las que hablan lenguas de inflexión aria.

Además, los caracteres físicos de los bascongados son tan distintos de los que caracterizan á los turanios, que no parece probable estén relacionados con vínculo demasiado estrecho.

Es cierto que algunos etnógrafos han considerado braquicéfalo al basco, ó de cabeza corta, como lo es el turanio; pero otros, por el contrario, como M. Paul Broca, quien por sí mismo ha medido numerosas cabezas de habitantes de Zarauz, afirman que la generalidad es dolicocefala, ó de cabeza larga, opinión confirmada por Virchow, quien ha observado y medido cráneos procedentes de tres distintos puntos de Bizcaya.

La verdad parece ser que, aunque predominante el dolicocefalo, uno y otro tipo existen en aquel país, y por lo tanto, no es la forma del cráneo quizás lo que al basco separa esencialmente del turanio.

Basta, sin embargo, contemplar á un individuo de cada raza para convencerse de su escasa afinidad presente; pero, á pesar de esta falta de semejanza, se ha imaginado por algunos autores que los bascos, ó por mejor decir, sus antecesores, los iberos y los turanios, fueran una sola gente que primitivamente poblará la Europa, y que las diferencias que ahora ostentan en sus caracteres físicos sean consecuencias de los distintos medios en que han vivido.

No debe negarse la inmensa influencia de los hábitos, del clima y aún del suelo para determinar variaciones en el cuerpo humano; pues, sin buscar más distante ejemplo, podemos contemplarnos á nosotros mismos, que ya tan notablemente nos diferenciamos de las demás humanas razas, incluso las que más contribuyeron á imprimir nuestro especial sello.

Y es tan cierto que todos los caracteres de nuestro cuerpo, la forma del cráneo inclusive, pueden modificarse grandemente con el transcurso del tiempo que, según Darwin, los aymaras, que en el Perú viven á más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, aspirando por consiguiente, el aire rarefacto de aquellas alturas, poseen por ende pulmones y pechos tan desproporcionadamente grandes y relativamente piernas tan pequeñas y tan pequeños brazos, que no se asemejan ya á ninguna otra raza de hombres; y, según el mismo observador afirma,

animales hay que, por vivir en domesticidad y por el exceso de alimento que se les suministra, aumentan en tamaño haciéndose al par en extremo dolicocefalos.

Pero aunque se admita la inmensa influencia del medio ambiente en producir variaciones en nuestro cuerpo, para apoyar la teoría que establece identidad entre bascos y finianos, esta razón es puramente negativa, y como dato positivo se aduce, entre otros fundamentos menos sólidos aún, cierta homogeneidad de sus lenguas, lo que no es suficiente prueba para demostrar la existencia de ese íntimo lazo que entre ellos se pretende establecer.

Además, hay que tener presente que muchos ni aun aceptan como irrefragable hecho semejante homogeneidad de lenguaje, y consideran, por el contrario, que el euskaro forma por sí solo una lengua completamente aislada.

Y no solamente la generalidad de autores bascongados (cuyo criterio es necesario reconocer que se oscurece en algunas ocasiones con nebulosas ideas preconcebidas) han establecido esta opinión: el célebre Leibnitz, Guillermo von Humboldt y otros escritores á quienes no podrá tacharse de bascófilos, así lo afirmaron también, y á la luz de la moderna ciencia lingüística Schleicher la califica de lengua completamente aislada, sin hermana y verdaderamente enigmática.

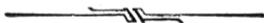
Hase imaginado también que acaso los iberos, y por consiguiente los bascos, sean los descendientes de una raza intermedia entre la africana y la norteamericana, y que en la actualidad esos habitantes del Noroeste de la Península sean los únicos seres que la representen en el mundo.

(Se concluirá.)





Los habitantes primitivos de España



(CONCLUSIÓN)

VII

La Atlántida

En el diálogo de Platón titulado *Timeo*, y en su continuación *Critias*, se habla de una gran isla, cuyo tamaño se aproximaba al del resto del mundo entonces conocido, situada más allá de las columnas de Hércules en el Océano Atlántico, que, de resultas de terremotos violentos, fué sumergida en el seno del mar.

Quizás exista un fondo de verdad en esa maravillosa historia que los instruidos sacerdotes de Egipto transmitieron á Solon, divulgada más adelante por Critias, á cuyos oídos llegaría probablemente variada y embellecida, ó acaso impetrara el auxilio de alguna otra deidad á más de Mnemosina para narrar aquellos extraordinarios sucesos

Mucho se ha escrito y discurrido desde entonces acerca de la existencia, de la situación y del tamaño de esa invisible tierra que se de-

nominó la Atlántida, y probablemente aún no ha cesado el glosar acerca de tan interesante tema.

Algunos, fundándose en la tradición que ha conservado el célebre filósofo espiritualista, y citando á Homero, que en la Odisea, al describir el viaje de Ulises á los infiernos, menciona el país de los cimerianos, situado «entre brumas y nubes en la opuesta orilla del profundísima Océano donde el sol desaparece», y acaso otros versos de este poema y de la Iliada; á Séneca, que en su Medea, aunque parece hablar en son profético de la tierra que ha de aparecer más allá del Océano, quizás así se expresara por reminiscencia de la antigua tradición, y á otros autores que aparentemente indican haberse admitido cual digna de fe la relación de ese excepcional trastorno, aceptaron como hecho la existencia de la famosa isla, si bien no hubo igual conformidad para decidirlos en fijar el sitio que ocupara, y la Atlántida, por lo tanto, se imaginó yacer en muy diversos lugares de la tierra.

Otros juzgaron fuese tal vez conocida por los orientales en tiempos remotísimos la América, cuyo recuerdo mismo se perdió más adelante, y que á este gran continente se refería Platón al hablar de su sumergida Atlántida.

Otros, como Buffon y Whitehurst, que creyeron ver en las Azores y en las Canarias las cumbres de montañas cuya base un cataclismo hundiera en el mar, dedujeron que la Atlántida fuese acaso la tierra que uniera á una parte de Europa con esas islas y el Nuevo Mundo, opinión mantenida también, hasta cierto punto, por el abate Hervas, quien al ocuparse, de pasada, de este asunto en su obra intitulada Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, dice se ven claros indicios de haber desaparecido un continente, si desde la desembocadura del Río Grande, en el Brasil, miramos al cabo Tangrin en las costas de Malagueta (la actual Guinea), pues así lo atestigua la sucesión de picos y de bajos que en ese espacio se encuentra.

Otros, por último, no concediendo valor alguno al dicho de Platón, han considerado á la Atlántida como una legión puramente imaginaria.

Inmensas son las variaciones que debe haber experimentado nuestro planeta antes de ostentar su actual estructura, no es necesario para demostrar este aserto remontarse á épocas geológicas en extremo distantes, y patentizar que las condiciones terrestres de entonces eran tan diferentes de las que ahora nos rodean, que acaso no fueran propias para

impulsar la vida de los más ínfimos seres, ni aún tampoco es preciso recurrir á los tiempos en que tras lenta evolución aparecieron en la tierra y en el mar organismos que preludivan los que habían de prevalecer más adelante.

Ciñéndonos á épocas relativamente recientes en el ciclo geológico, cuando existían en nuestro globo seres afines á los que ahora lo pueblan, y cuando el hombre mismo pudiera acaso haberlo habitado, dirigiendo retrospectivamente nuestra vista sólo hasta los cercanos límites del periodo llamado terciario, hallamos que los fragmentos desprendidos de aquellos continentes, y depositados como detritus en aquellos profundos mares, se hallan en la actualidad en las gigantescas cumbres del Himalaya, en los Alpes, en Sierra Nevada y en otras elevadísimas montañas, formando capas estratificadas de centenares de metros de espesor.

Si echamos la vista sobre un mapa geológico de Europa, comprenderemos desde luego la vasta amplitud de las variaciones ocurridas en nuestro continente desde aquella época comparativamente próxima, y si fijamos la atención en España, veremos que una gran parte del litoral del mediterráneo, parte del litoral del Atlántico y la gran cuenca del Guadalquivir, se hallaban bajo las aguas del mar, que penetraba más ó menos en el interior de la Península, según el nivel que se le oponía

Como lo han hecho notar en la descripción de su mapa geológico de España los Sres. De Verneuil y Collomb, constituían el centro del país extensos lagos de agua dulce, uno de los cuales medía trescientos veinte kilómetros de largo y doscientos cincuenta de ancho, y en conjunto cubrían unos catorce millones de hectáreas, ó la cuarta parte próximamente del área que mide la totalidad del país.

Estos enormes lagos implican necesariamente grandes ríos para alimentarlos, y los grandes ríos, grandes montañas y continentes dilatados, y no es fácil, dada la actual configuración de Europa, imaginar de dónde procedían esas aguas y esos cuantiosos acarrees que tan extensa superficie cubrieron y hoy producen las más abundantes cosechas de España.

Según una descripción geológica de la provincia de Cádiz publicada ha poco, resultan en aquella región colosales fracturas paralelas á su costa occidental.

El autor explica este fenómeno suponiendo la ruptura y la inmer-

sión en el mar de tierras que desde esa costa se extendían hacia Occidente en una área hoy ocupada por el Océano Atlántico, y que prolongándose hacia Oriente la causa de ese trastorno, se produjo el quebrantamiento de la parte del continente que quedó fuera del agua.

Corroboración esta opinión el hecho de hallarse los depósitos diluviales á mayor altura sobre el mar, mientras más próximos se hallan á la supuesta costa fracturada, y verse claramente que por los antiguos valles de la comarca corrían á la sazón las aguas desde lo que hoy es el Océano en dirección al interior de la Península.

Además acompañan á esos depósitos diluviales inmensa cantidad de pequeños cantos rodados de cuarcita, cuya presencia en esa localidad es hasta lo presente en absoluto inexplicables, sino se admite su procedencia de tierras desaparecidas bajo el mar.

Que Africa y Europa se hallaban unidas en no lejanos tiempos es más que probable, y la tradicional ruptura del Fretum Gaditanum tal vez sea el indeleble recuerdo, atesorado en la memoria humana, de tan violentísimo trastorno.

M. Pomel, quien con tanta detención se ha ocupado de la geología del desierto de Sahara conocido hasta hoy, y que rechaza la suposición de ser la totalidad de aquella vasta región el arenoso fondo de un océano recientemente desecado, reconoce, no obstante, que las vertientes meridionales del Atlas se apoyaban en el mar, y que el Noroeste del continente africano se ligaba con Europa.

La perfecta correspondencia de terrenos á uno y otro lado del Estrecho de Gibraltar, corrobora tan generalizada suposición, como igualmente la confirma la identidad de las faunas y floras del Norte de Africa y del Sur de España, evidenciando cambios en la configuración de ambos continentes en una época que la lenta evolución de nuestro planeta nos autoriza á llamar cercana.

Todavía habitan el desnudo Peñón de Gibraltar (y ningún otro lugar de Europa) los aislados descendientes de aquellos macacus inuus, que probablemente quedaron separados de sus compañeros africanos cuando ocurrió aquel cataclismo, y todavía crecen en la Sierra de las Nieves, en la amena y pintoresca Sierra del Pinar y en otros elevados puntos de la Serranía de Ronda, cual crecen, según Boissier, en las montañas del Norte de Africa y en ninguna otra parte del inundo esos preciosas abies pinsapos, destinados acaso, como sus compañeros de segregación de Gibraltar, á desaparecer en breve de nuestro continente.

En realidad, forzoso es admitir la ocurrencia de grandes variaciones en la configuración de nuestro globo en época relativamente reciente; y el enorme levantamiento post-terciario que atestiguan los Alpes y el Himalaya, nos fuerza á la conclusión de que es necesario, para compensar este aumento de tierras fuera del agua, una correspondiente inmersión de terreno en el mar.

Los datos paleontológicos confirman las deducciones desprendidas de las observaciones geológicas, y tienden á demostrar igualmente que ese hundimiento se verificó en el Océano Atlántico, corroborándose así, con testimonios de diversa índole, la parte esencial del extraordinario relato de Critias.

M. Conrad ha hecho notar cuán semejantes son los moluscos de los depósitos terciarios de agua dulce de los Estados Unidos y los de las capas correspondientes de Francia.

Lyell, en su Antigüedad del hombre, hace constar la perfecta analogía que existe entre los insectos de Europa y los de los bosques de Alabama, y otros autores han hecho ver que se hallan actualmente en América los cercanos parientes de algunos vertebrados, fósiles y actuales de nuestro continente.

Unger y Heer afirman no poderse explicar la extraordinaria semejanza de la flora miocena europea con la flora actual de la América oriental, sino se supone la existencia de un continente en el Atlántico que en no remota época ligara al Nuevo Mundo con Europa y con la isla de Madera, las Canarias y las Azores, cuyas floras corresponden también con la flora americana.

En el reducido recinto de la ciudad de Cádiz florece el drago, árbol sui géneris, reconocido indígena de las islas Canarias, pero que en Europa sólo en este rincón se encuentra.

Difícil es suponer fuese llevado allí desde esas islas por humana agencia en los tiempos en que fenicios ó romanos surcaban los mares, cuando necesariamente debió verificarse el trasplante, pues Estrabón, refiriéndose á lo que decía Posidonio, con admiración lo cita, y Plinio habla ya más detenidamente del famoso drago de las playas gaditanas.

El entusiasta naturalista acaso se refiriera en su fantástico relato á aquel magnífico ejemplar que cuarenta años ha adornado el centro de esa población.

¡Verdadera curiosidad botánica, viviente monumento histórico!

Y árbol tan bello y tan vigoroso cuanto venerable por su edad extraordinaria, pero que una supina inconsciencia ó una incomprendible estolidez se atrevió á echar por tierra, sin duda por estorboso, inútil ó antiestético.

La naturaleza lo respetó, quizás por miles de años: monjes, ignorantes acaso, lo custodiaron cuidadosamente por siglos.

¡Apenas resistió un mes la influencia asoladora de una vulgaridad estúpida, desdeñosa de todo lo que no considera tasable!

Los restos prehistóricos hallados al Norte del continente africano son tan numerosos y tan semejantes á los monumentos erróneamente llamados celtas en Europa, que M. Desor ha llegado á afirmar ser el Africa el verdadero centro de donde han irradiado los pueblos constructores de dólmenes, y además añade que, para dar cuenta de la existencia de cráneos dolococéfalos en el continente europeo, es necesario buscar su origen en esa región.

M. Bourjot y el general Faidherbe describen sepulturas megalíticas descubiertas en Beni-Messous, Roknia y otros puntos de la Argelia, que recuerdan vivamente las que con frecuencia se encuentran en Andalucía, y que, á veces, quizás equivocadamente, se han considerado sepulcros fenicios ó romanos.

Nos referimos á esas sepulturas construídas con lajas toscamente labradas, puestas de canto en el suelo, las cuales forman el sarcófago, que contiene generalmente más de un esqueleto, cubiertas por una ó dos grandes losas, y por lo común agrupadas y situadas en las eminencias del terreno.

En Alhama de Granada, donde se conocen estos sitios con el nombre de Villares de moros, y en la provincia de Sevilla, cerca del pueblo de San Nicolás del Puerto, hemos visto grupos de sepulcros probablemente idénticos á los que se ven en Africa.

Que pertenecían á gentes del periodo de la piedra pulimentada, lo confirma el hecho de haberse hallado en las sepulturas de Alhama diversos útiles de piedra y de hueso labrado, entre los cuales descuella una preciosa hacha de cuarcita con perforación en un extremo, cuidadosamente taladrada.

Objeto de valor inestimable acaso, que un profundo amor al dueño indujo quizás á los allegados á depositar en su tumba.

Es notable coincidencia también que ciertas kábilas de la Argelia usen aun hoy, según el profesor Busk, vasijas de barro para beber, cuya

foema es idéntica á la que tenían algunos de los Cacharros hallados en la cueva Genista, de Gibraltar, que á su vez son aparentemente iguales á los tuestos encontrados en la cueva de los Murciélagos, cerca de Albuñol, y en la Cueva de la Mujer, cerca de Alhama de Granada.

En las inmediaciones de la villa de Chiclama, (Cádiz), y en los depósitos diluviales antes citados, se halló un hacha de diorita, cuyo felpato se encuentra completamente descompuesto y convertido en kaolin, atestiguando haber experimentado este util muy distintas influencias que los demás de su clase esparcidos por diversas partes en Andalucía é infiriéndose por lo tanto, que formara parte integrante de acarreo que contendrían acaso los elementos causantes de esa excepcional descomposición

A scr acertada esta inferencia, posible seria que en ese supuesto desaparecido continente que hoy cubren las aguas del Atlántico no sólo se usara ya la piedra pulimentada, sino que se emplearan útiles perfectamente iguales en tamaño y en forma á los que se usaban en este país en la época neolítica, pues la pequeña hacha de que se trata es idéntica á una encontrada en la Cueva de la Mujer, diseñada y señalada con el número cinco en la lámina séptima de la segunda parte de la Monografía en que se describe esa caverna.

Lubbock, en su *Época prehistórica*, refiriendo los descubrimientos de Rutimeyer en los lugares donde existían las habitaciones lacustres de la Suiza, manifiesta que, además de haberse hallado en aquellos parajes restos carbonizados del pan ó de la torta (pues carecía de levadura) que comían aquellos hombres se encontró también, conservado en vasijas de barro, trigo toscamente molido y tostado, del que se alimentarían aquellos seres, probablemente humedeciéndolo con agua; precisamente como de trigo, del mismo modo molido y tostado, y de igual modo humedecido, se sirven aún hoy los naturales más pobres de las islas Canarias.

Posible es que los indígenas de aquellas islas, los extinguidos guanches, dejaran subsistente en su país tan primitiva, si bien poco común, manera de alimentarse, y acaso no sea aventurado suponer tuvieran en alguna época lejana inmediato contacto con los habitantes de Europa, que de igual manera se alimentaban en los tiempos en que construían habitaciones sobre pilotes en las lagunas, ó buscaban abrigo y protección en las cavernas naturales.

Dá inesperado apoyo á esta presunción cierta peculiaridad de los

esqueletos de su bien conservadas momias, que se observa. igualmente en los de los antiguos habitantes de nuestro continente.

El agujero llamado por Darwin intercondilar ocurre, según el profesor Turner, sólo en uno por ciento de los europeos actuales.

Esta circunstancia, ahora tan rara, era relativamente común entre los prehistóricos pobladores de Europa, pues del examen de los huesos humanos hallados en la cueva de Orrony, que se supone corresponder á la edad del bronce, M. Paul Broca observó que la cuarta parte tenían perforación semejante.

En las cavernas del valle del Lesse, M. Dupont halló el treinta por ciento de húmeros así perforados, y M. Lequay, que observó los esqueletos encontrados en un dolmen de Argenteuil, notó que la proporción de húmeros que presentaban esta particularidad, ascendía á veinticinco por ciento, relación que también resultó del examen de los esqueletos de Vaureal.

Ahora bien: esta peculiaridad, según las observaciones de Pruner Bey, es común en los esqueletos de los guanchos.

Equivocadamente se llegó á afirmar que el cráneo de los antiguos habitantes europeos era braquicéfalo, precipitada deducción de observaciones incompletas, alimentada tal vez por la prevaleciente presunción de que la raza prehistórica de Europa debía ostentar caracteres exclusivamente turanios.

Hase visto después que aún en esa época vivían á la par en este continente hombres braquicéfalos y hombres dolicocéfalos, demostrando la experiencia, con desconcierto de los que imaginaban haber hallado ya en los restos de esos seres tan salvajes y postrados el tipo del hombre primitivo, la coexistencia aún entonces de dos distintas razas, cuyo contacto provocaría necesariamente la lucha, y cuya respectiva fuerza produjo una feliz resultante para el progreso humano.

Es probable que la raza que hoy puebla las regiones hiperbóreas viviera más hacia el Sur en nuestro continente durante la época denominada glacial, y en el subsiguiente tránsito á más templado clima, cuando tal vez apareció distinta gente, quizás dolicocéfala y quizás no referible á la raza aria.

Estos supuestos invasores acaso llegaron al Norte de Europa, y tal vez arrollaron hacia la región de los eternos hielos á sus competidores de entonces, que desde la época del rengífero habitan quiza la mayor parte del continente.

El profesor Dawkins ha hecho notar la extraordinaria semejanza de las lanzas, de los dardos y de las flechas de los esquimales de la América ártica con las armas de igual clase de que se servían los habitantes de las famosas cavernas de la Dordoña, en Francia, y varias en Bélgica, así como la no menos notable identidad de ciertos hábitos, pues ni estos hiperbóreos respetan, ni aquellos seres respetaban, al menos ostensiblemente, los cadáveres de sus allegados, y los unos acumulan y los otros acumulaban inmundos restos en sus mansiones, patentizando ambos su aparente inmunidad contra miasmas impuros y olores y espectáculos repugnantes.

Además, aquellos hombres tenían, como tienen estos, aptitud extraordinaria para el dibujo y la escultura, facultades no comunes entre salvajes, y por cierto que no aventajan en habilidad los artistas árticos actuales á esos incipientes Miguel-Ángelos, que, viviendo en aquellas inmundas y sombrías cavernas del Mediodía de Francia, trazaron con diestra mano el contorno del mammoth ó vigorosamente tallaron las formas del renghífero.

Compruébase la presunta coincidencia de ambas razas, tan separadas por el tiempo y la distancia, hasta con el hecho de ser idéntica la manera especial que aquellos seres tenían y estos tienen de fijar sus armas en mangos, contruídos por lo común con marfil de mammoth, adquirido en la actualidad por los habitantes de un suelo inhospitalario exhuyendo los restos fósiles de ese colosal mamífero en los helados escarpes de las regiones vecinas del polo, y en pasados tiempos, cazándolo el hombre paleolítico con sus toscas hachas de piedra en los glaciales páramos de la antigua Europa.

Aunque en España se han hallado restos de la naciente industria del hombre paleolítico ó de la edad de la sílice chafanada, como lo comprueban los interesantes descubrimientos del ilustre geólogo español D. Casiano de Prado, quien en el Diluvium de San Isidro, en la provincia de Madrid, halló hachas de sílice idénticas á las de Amiens, conjuntamente con restos del cervus claphuz, del bos primigenius y del elephas antiquus (según los caracteriza el ilustrado catedrático de la facultad de Ciencias de Madrid D. Juan Villanova y Píera), y aunque en diferentes puntos de la Península se han descubierto cráneos prehistóricos braquicéfalos, predominan en este país, según lo observado hasta la fecha, monumentos y restos de la edad neolítica ó de la época de la piedra pulimentada, y la mayoría de los cráneos de los anti-

guos españoles, examinados hasta hoy, corresponde al tipo dolicocefalo.

Así lo comprobaron á nuestros ojos los restos humanos hallados en Alhama de Granada, y así se deduce del examen de otros cráneos de esos remotos tiempos descubiertos en distintos parajes de España.

Según el profesor Busk, la mayor parte de los hallados en las cuevas de Gibraltar, especialmente los que se encontraron en la célebre cueva Genista, los descubiertos en varias cavernas y dólmenes en Andalucía por el Sr. Góngora y Martínez, y el que menciona D. Casiano de Prado en su Descripción física y geológica de la provincia de Madrid (que presentaba evidentes indicios de extremada antigüedad, y fué extraído de una mina de cobre de Asturias, titulada El Milagro), son dolicocefalos también y todos semejantes entre sí.

Fundándose en las exactas y minuciosas medidas y descripciones de M. Paul Broca, el mismo profesor afirma ser estos cráneos esencialmente iguales á los de los guipuzcoanos, que á su vez son extremadamente parecidos á los cráneos de los guanchos, según la competente autoridad de Virchow.

VIII

Conclusión

De lo expuesto se deduce que una raza semejante quizás á la que ahora ocupa las regiones hiperbóreas, habitaba gran parte de Europa, extendiéndose hasta el centro de España en época tan inmensamente apartada de la actual, cuanto que hay motivos para creer haya cambiado desde entonces la faz de la tierra que habitamos,

Esa raza alcanzó la época glacial; presencié las erupciones de volcanes ya extinguidos; habitó profundas cavernas cuyos suelos cubren hoy enormes estalacmitas; cazó animales desaparecidos ya del mundo; ríos cuyo curso ha cambiado, arrastraron á veces sus cadáveres; y su ruda y precaria existencia y su disputada supremacía en este continente se prolongó hasta la aparición de otra gente, cuyos monumentos, umas, útiles y costumbres la separan y diferencian notablemente de sus menos bien armados precursores á quienes acaso suplantaron.

Esta más moderna pero antíquisima raza también no es, aparentemente, referible á la aria, y aunque carecemos de los necesarios datos para juzgar con acierto de qué punto del globo pudiera haber llegado á Europa, é ignoramos aún si este punto se halla en la actualidad sobre las aguas ó no; razonables conjeturas nos hacen inferir fuera tal vez la que se conoció más adelante con el nombre de ibérica, cuya lengua se asemejaba á la que en la actualidad se habla en las Provincias Bascongadas.

Presunciones únicamente, indicaciones tan sólo que apenas merecen el nombre de hipótesis, son, sin duda, gran parte de las deducciones que parecen desprenderse de los hechos tan á la ligera é imperfectamente expuestos en lo que precede.

Aislado, ninguno seguramente pueda considerarse decisivo; pero todos reunidos basten acaso para hacernos pensar que tal vez sea tarta estéril la de empeñarnos en suponer de Asia á todas nuestros abuelos.

Quizás la mayor parte de los europeos tengamos, unos más, otros menos, sangre de los que, inmediatamente antes de la invasión aria, eran en este continente los representantes de una raza cuya cuna tal vez se halle en la actualidad sumergida en el mar, y probablemente convendrá tender también la vista hacia el Occidente para formar con exactitud nuestro árbol genealógico, por más que el mudo Océano dificulte la solución de un problema tan oscuro como interesante.

G. MACPHERSÓN.